mente asaltado de temores, como nosotros, ni tiene que combatir con ningún enemigo. Esto no es justo.

—Ese no servía más que para estorbarnos, porque es un timorato, un majadero. Nunca me acabaré de felicitar de que viva ignorado y de que ninguna sospecha caiga sobre él, porque si le hubieran detenido, de seguro hubiese perdido la cabeza, acabando por confesarlo todo. No sabe ni siquiera si existimos, de lo cual me alegro mucho.

—¿Y vos sabéis si él existe?—preguntó Prudencia.

—Sí. ¿Crees que pierdo yo de vista á mis antiguos asociados?.... Lo he seguido siempre, y sé que tuvo una hija, que es ya una señorita muy linda y que se parece á él. Viven entre Passy y Auteuil....; pero todo esto nos importa muy poco.

En este momento se oyó llamar.

—Ya está ahí la Mérot,—dijo Montbarán.

—Pues id á abrir, querido mío, y seamos discretos, porque la cuestión es algo delicada.

XI.

Diez años más joven que Prudencia, con ojos negros muy vivos, facciones regulares y hermosos dientes, que adornaban su fresca boca, era aún muy agradable Clara Mérot. Tenía además la ventaja sobre su antigua ama de conservarse esbelta, aunque en buenas carnes, pero sin la gordura extremada de Prudencia; y en lugar del arrebatado color de ésta, tenía la tez suave y el color natural.

Cuando Montbarán la introdujo en el gabinete, que una semiobscuridad empezaba á invadir, y percibió sentados cerca de la chimenea á Prudencia de Fontenay y al marqués de Arnage, retrocedió; pero algo debió reflexionar, que le quitara toda preocupación, cuando adelantó, tratando de colocarse junto á la ventana más próxima. Este movimiento no podía escapar á la penetración del marqués de Arnage, que, decidido como estaba á tratar por sí mismo el negocio que se iba á discutir y á dirigir su marcha, fué el primero en tomar la palabra.

—Señorita (dijo): no extrañaréis mi presencia aquí. Soy un amigo del señor de Montbarán,

y me ha rogado que me reuniese á él para que tratásemos este delicadísimo asunto.

La Mérot miró algunos instantes al que acababa de hablarla, así como á Prudencia, que estaba sentada junto á él, y dijo, sonriendo:

—Me explico perfectamente, caballero, vuestra presencia y la de esa señora. Estáis demasiado comprometidos en el negocio para dejar de ocuparos de él.

—Yo, no; no estoy mezclada en ese asunto, —exclamó Prudencia.

—¿De veras? ¿Creéis que no he reconocido á primera vista á mi antigua ama, la tendera de abanicos, que me hizo prender en otro tiempo?

—Es posible; pero eso no quiere decir nada....

—Sí (dijo Clara Mérot, interrumpiéndola y con tono resuelto); eso quiere decir, por el contrario, que sois desde hace tiempo la asociada del señor de Montbarán, y que habéis querido discutir conmigo vuestros comunes intereses.

Después, siempre con la mano apoyada sobre el cerco de la ventana, se volvió hacia Arnage, y con los ojos fijos en él, añadió:

—En cuanto á vos, no sé vuestro nombre; pero es fácil adivinar que tenéis motivos personales para encontraros aquí en este momento.... Hace tiempo que tres personas cometieron un crimen. Yo he descubierto á uno de los culpables, y vos debéis ser uno de los otros dos.

Clara Mérot se equivocó, sin duda, al notar un movimiento que hizo el marqués de Arnage; y deteniéndose bruscamente, aunque sin miedo, dijo:

—Si alguno de vosotros se acerca á mí, si sospecho tan sólo un mal pensamiento de vuestra parte, abro la ventana, y llamo.... Uno de mis amigos está en la acera de enfrente vigilando delante de la casa. Es el hombre con quien voy á casarme. Ya veis que no tengo secretos para vosotros.... Es un robusto mozo, que no os teme.... Por supuesto, que lo mismo me pasa á mí.

—Dejadnos en paz (exclamó Prudencia). ¿Acaso se os amenaza?

—No, pero con vosotros (replicó la Mérot) se deben tomar siempre precauciones....; puede pasaros una mala idea por la cabeza. ¿No habéis tenido la audacia en otro tiempo de hacerme detener como una ladrona?.... ¡Oh! No os sonriáis; bien sabéis que digo la verdad.... Los.... *parroquianos* de vuestro almacén, y hasta el mismo señor de Montbarán, aquí presente, me encontraban más hermosa que á vos, y os vengasteis de esa manera.

—¿De qué os quejáis si no os han perseguido?

—Porque la policía necesitaba de mí: de otro modo, hubiera sido condenada, pues me habíais comprometido vilmente....; y, mirad, si queréis

que os lo diga con franqueza, lo que más me impulsa á pediros los cien mil francos y amenazar á vuestro amante con perderle, es el deseo de vengarme de la que tan injustamente me acusó.

Prudencia iba á responder; pero un gesto del marqués de Arnage la hizo callar. Éste tenía por principio dejar hablar al adversario, que en el calor de la discusión decía más de lo que pensaba decir, y le daba armas contra él.

—Sí (replicó la Mérot), me vengo de vuestra acusación, de vuestras maldades y de vuestras perfidias.... Por mucho tiempo he vivido sin acordarme de todo esto, porque estaba en mi país tranquila y contentándome con la pensión que me dabais, sobradamente ganada con mi silencio. Pero ahora, cuando he vuelto á París y os he visto pasar en un coche dándoos tono é imitando á las mujeres honradas, ¡á ti! ¡á la antigua!.... Entonces renació mi cólera, todo lo pasado se presentó á mis ojos con vivos colores, y me he hecho otra vez tan mala como cuando estaba en vuestro almacén: é imitándoos, me he dicho: «Espérate, que puedes jugarla una partida como la que ella te jugó».

—Dejadla,—dijo el marqués de Arnage á la señora de Fontenay, que quería otra vez interrumpirla.

—En plata (replicó Clara Mérot); no tengo

necesidad de vuestro dinero para casarme, pues el que me quiere no lo hace por el interés, y aunque ya no soy muy joven, no soy ni vieja ni ridícula, y hasta muchos me encuentran bonita.... No retengo á los hombres á la fuerza, ni intimidándolos como vos.

El marqués de Arnage comprendió que pronto no podría contener á Prudencia, cruelmente herida en su amor propio delante del hombre á quien amaba, y para acabar y no dejarla replicar, dijo, dirigiéndose á la antigua señorita de mostrador:

—Haced el favor de decirnos si decididamente persistís en vuestras pretensiones, exigiendo el capital de vuestra pensión.

—Cierto: lo exijo...., por las razones que acabáis de oir.... y por otras.

—¿Podemos conocerlas?

—No hay inconveniente, y, además, son muy fáciles de adivinar.... Podéis desaparecer un día...., morir violentamente, ó de muerte natural, puesto que estáis ya en la edad en que esas cosas llegan...., y encuentro por este motivo más seguro un capital que una pensión.

—Sí; es muy justo (dijo con tranquilidad Arnage); pero si mi amigo el señor Montbarán os da ese capital, ¿qué le garantizará en el porvenir vuestra discreción?

—¡Ah! (exclamó la Mérot.) ¿Me juzgáis como

vosotros, que, una vez pagados, sois capaces de volver á presentar la factura, si no habéis dado recibo? ¡Yo no hago esas cosas! Soy hasta cierto punto.... una mujer honrada. Si hubiese vivido más tiempo en vuestra sociedad, no digo....; pero tuve el buen sentido de irme á vivir allá, lejos, al campo, y valgo más que en otro tiempo....: no tengo ningún escrúpulo de vivir á vuestras expensas, de arrancaros una de vuestras plumas; una pluma de cien mil francos, porque esto sólo á vosotros os perjudica, y es muy justo este castigo....; pero una vez la pluma arrancada, os dejaré tranquilos.... Cada uno tiene lo suyo, y yo os habré sacado mi capital, no teniendo de este modo para qué volverme á ocupar de vosotros, y procurando en lo sucesivo olvidar mi antigua vida y ser una mujer completamente honrada.

—Bien (dijo Arnage, que seguía impasible, á pesar de estas insolencias); os creo, y aconsejaré á Montbarán, que es el único á quien verdaderamente interesa esto, que haga lo mismo; sin embargo, aun cuando os creyese, pudiera no disponer en este momento de la suma que exigís.

—Vos le ayudaréis,—dijo Clara, mirándole.

—Como amigo, es posible que le ayudase....; pero necesitaría tiempo....

—Entonces lo sentiré por él, porque tengo

prisa de volver á mi país, y no quiero aguardar más.

Después añadió, fijando sus ojos en Montbarán:

—Por lo que veo, no hacéis caso de mis amenazas, y creéis que el señor Le Forestier no dará crédito á mi denuncia.... Todo el mundo sabe que busca los asesinos de su madre, y más de una vez, sin duda con la esperanza de sacarle dinero, le han prometido nombrarlos, y después no han hecho nada de esto. De modo que vosotros pensáis que creerá una impostura esta nueva declaración. Pues bien, *señora y caballeros*: os equivocáis.... Me escuchará, y creerá, porque yo no soy para él una desconocida, sino que me conoce muy bien.... ¿Os extraña, eh?

—No.... ¿Por qué?—dijo políticamente el Marqués.

Éste estaba decidido á dejarla hablar todo lo que quisiera, porque su instinto, que le engañaba pocas veces, le decía que quizás podría encontrar en su relación algo que le interesase mucho.

—Mis relaciones con el señor Le Forestier (siguió diciendo Clara Mérot) datan del verano último. Yo vivía en Clermont-Ferrand, como sabéis muy bien, pues allí era donde me mandabais la pensión. Clermont está situado cerca de Royat, que es un pueblecito donde poseo una casa que he alquilado el verano último á un se-

ñor de París. Mi último inquilino se hacía llamar Paul Girard; pero tenía un ayuda de cámara que, tanto por charlatanería como por vanidad, acabó por decirme que su amo no era otro que el famoso, el riquísimo Armando Le Forestier.... ¿Y sabéis por qué ocultaba su verdadero nombre?... Este detalle os interesará....: porque buscaba siempre á los asesinos de su madre, y esperaba encontrarlos más fácilmente si no se daba á conocer.

—¡En Royat los asesinos de su madre!—dijo de Arnage, con el fin de hacerla hablar.

—Sí; ya sé que prefieren vivir en París (respondió Clara Mérot), y el señor Le Forestier lo sabe también, y no era en nuestra provincia en donde pensaba encontrarlos, aunque debía tener esperanza de saber allí algún dato....; pero no había contado con el amor que le retuvo....

—¿El amor?—preguntó el Marqués.

—Sí: se enamoró de una hermosa parisién, que había ido en compañía de su padre á pasar el verano allí.... ¡Oh! Y tenía buen gusto, porque era una muchacha preciosa.... ¡Y su padre, el señor de Beuvret, debía ser un desgraciado, porque estaba siempre tan triste y sombrío!.... ¡Pero era una persona muy simpática!

Al nombre de Beuvret, dicho tan bruscamente y de aquella manera inesperada, los tres asociados levantaron la cabeza y se cruzaron sus miradas.

XII.

La obscuridad iba en aumento desde la llegada de Clara Mérot, y solamente la antigua dependiente de Prudencia, próxima á una ventana, estaba iluminada. No pudiendo, pues, ver las miradas que al hablar del señor de Beuvret habían cambiado sus adversarios, continuó, sin haber notado el efecto que sus palabras producían:

—Este amor ha retenido al señor Le Forestier cuatro meses en aquel país, y todavía estaría en él, si no fuera porque el señor de Beuvret y su hija se han marchado ya de Royat.

—Pues bien (observó Arnage): los amores de que habláis no han sido más que interrumpidos, y seguirán de seguro en París, terminando en un matrimonio.... De manera que me parece que habéis escogido muy mala época para amenazarnos con hacer vuestras revelaciones á Armando Le Forestier; y si éste está tan enamorado, como decís, no tendrá tiempo de escucharos, pues la pasión debe hacerle olvidar sus proyectos de venganza.

—No, no lo espero (dijo Clara, sonriéndose). Me he informado, y sé que el señor Le Forestier

no piensa abandonar sus proyectos de venganza; y, además, no se casa por ahora, según me ha dicho el ayuda de cámara que tenía cuando estaba en Royat.

—¿Por qué?

—Porque le han negado la mano de la joven.

—¡Oh! ¡ese criado os ha engañado! (dijo el Marqués.) ¡Rehusar un partido como ese!

—Pues, sí, señor....: el padre no quiere, según parece...., no sé por qué motivos; pero debe tenerlos grandes para haber impedido que continúen esas relaciones entre los dos jóvenes, y hacerlos separar bruscamente, hasta el punto de que ni el ayuda de cámara haya vuelto á oir hablar, ni del señor de Beuvret ni de su hija. Por consiguiente, al contrario de lo que pensáis, es el momento más oportuno para hacerle mis confidencias, pues por lo mismo que debe estar desesperado, no querrá más que encontrar algo que le preocupe y distraiga, y seré muy bien recibida si voy á decirle: «Puedo enseñaros á uno de los asesinos de vuestra madre, al más culpable de los tres, al que la ahogó con sus propias manos. Se llama Montbarán, y vive en la calle de Taitbout....: es el amante, desde hace veinte años, de la tendera de abanicos, que también le conocía...., y con la cual ha disfrutado el dinero robado, viviendo lujosamente.... Vengaos de esos dos *personajes*, mientras os designo á otro

de sus amigos que he visto en su casa ocupándose de sus negocios, y que estoy casi segura, por esta razón, de que habrá tomado parte en el asesinato».

El Marqués de Arnage, muy tranquilo, á pesar de la amenaza directa que le hacían, respondió:

—Antes de creer vuestra denuncia, antes de vengarse, el señor Le Forestier os pedirá las pruebas que justifiquen vuestra acusación, y no las tenéis.

—Contra vos todavía no, lo reconozco.

—¡Y contra mí, os desafío á que las presentéis!—dijo Montbarán.

Clara Mérot le miró con desprecio.

—¿Y vuestros ojos? ¿Y esa extraña mirada, señalada por todos y hasta por vuestra misma querida?.... ¿Habéis olvidado, pues, el apodo que por esa causa os han dado? *¡El de los ojos de gato!*.... ¡Esa mirada rara, que llamó la atención del hijo de la víctima la noche del crimen, según dijeron todos los periódicos de la época, y que de seguro no habrá podido olvidar! El día que Armando Le Forestier os conociese ó sospechase que erais el asesino de su madre, aunque trataráis de ocultaros, y no os mostrarais nunca más que en pleno día y á la luz del sol, yo os aseguro que, á pesar de eso, Armando sabría hacer la obscuridad á vuestro alrededor...., como se ha ido haciendo poco á poco en esta habitación...., para

ver brillar vuestros ojos tan bien como yo los veo ahora.

Y con el cuerpo inclinado hacia Montbarán, sin alejarse de la ventana, continuó, exaltada y nerviosamente:

—¡Ah! Hacéis bien en cerrarlos; pero Armando Le Forestier os los haría abrir bien.... Además, el otro día noté que conserváis aún en vuestra mano la cicatriz de una herida, por la que también puede reconoceros.... ¡Los dientes de la víctima os marcaron para siempre, como en otro tiempo se marcaba á los forzados!

Casi hermosa en su arrebato, exaltada por sus palabras y por el convencimiento del peligro que corría al desafiar á sus tres adversarios, Clara Mérot iba á continuar, cuando el marqués de Arnage la interrumpió, diciendo:

—¡Basta! Aquí tenéis el dinero.

—¡Los cien mil francos!

—Sí, los cien mil francos.

—Alumbrad para que cuente, y para no ver más la mirada de ese hombre. Su antigua querida está acostumbrada á ella; pero á mí me da miedo.

Á pesar de su audacia, Clara Mérot seguía siendo prudente, pues no se había apartado aún del alfeizar de la ventana cuando el Marqués se adelantó hacia ella con los billetes de Banco en la mano. Apenas los tomó, sin contarlos siquiera, abrió bruscamente la ventana, é hizo una seña á la persona que le aguardaba en la calle.

—¿Qué significa eso? (preguntó el marqués de Arnage.) ¿Nos habéis vendido?

—No, no os he vendido; tranquilizaos, cobardes.... Solamente he llamado para que subiesen á buscarme.... Me parece que tengo derecho á desconfiar y á tomar mis precauciones.

El timbre de la puerta de entrada se dejó oir en el recibimiento.

—¿Oís? Han llamado.... No ha tardado mucho en subir.... Yo misma abriré, y me marcharé sin que entre. Sólo quiero que me alumbréis.... Vamos, Prudencia; levántate, si tu obesidad te lo permite, y coge la luz...., que me parece que bien merezco esta atención, á cambio de dejar tranquilo á tu viejo y antiguo amante.

Prudencia obedeció maquinalmente: estaba dominada.

Cuando llegaron al recibimiento, Clara Mérot abrió la puerta, y dijo á la persona que la esperaba:

—Tranquilizaos....: nada me ha sucedido.

Después dirigió á Prudencia una última mirada de odio, y salió.

.....

La señora de Fontenay, roja de rabia, volvió á entrar en el gabinete.

—¡Miserable! ¡Infame! ¡Ladrona! (exclamó.)

Lo que es por mí, nunca, jamás hubiéramos cedido.

—Pues hubiera sido una tontería (dijo el marqués de Arnage, que había vuelto á quedar tranquilo). Nos tenía cogidos, y, como es tan resuelta y enérgica, no hubiera vacilado en denunciarnos.

—¿Estáis seguro de que no hablará ya?—preguntó Montbarán con voz aún temblorosa.

—Sí, estoy seguro: la he observado bien, y respondo de ella. Y una vez que por este lado no tenemos nada que temer, no nos queda más que aprovecharnos de las buenas noticias que nos ha dado.

—¿Las concernientes á Beuvret?

—Sí.

—¿Será nuestro antiguo cómplice?

—Sin duda: no existe más que un Beuvret....; además, el retrato que esa mujer nos ha hecho, es precisamente el suyo; y esa hija de que ha hablado, joven y bonita, es la misma de que ya os hablé.... En fin, su repugnancia en consentir un enlace tan ventajoso, es una señal que, unida á las otras, hace que pueda asegurarse que es el mismo.... ¡Sus escrúpulos, sus delicadezas! ¡Siempre, siempre igual!

El marqués de Arnage empezó á pasearse á grandes pasos por la habitación, como hacía antes de la llegada de Clara Mérot; sino que ahora,

en lugar de hablar, reflexionaba. Sus cómplices cuidaban de no interrumpirle, pues sabían desde hacía mucho tiempo que de sus meditaciones salía siempre alguna buena idea que aclaraba la situación. Transcurrieron cinco minutos, y después dijo el Marqués:

—Resumamos la situación, como hacemos siempre en las situaciones graves. Nuestra suerte ha cambiado, y en este momento no es muy buena.... La caja de nuestra sociedad está vacía, y en lugar del dinero, tenemos en ella un aderezo de brillantes, de que sería peligroso hacer uso.

—¿Y quién piensa en ello?—dijo Prudencia.

—En cuanto á los que explotamos, os diré que hemos perdido al que mayor cantidad nos pagaba.

—¿Cuál?—preguntaron á un tiempo la Fontenay y Montbarán.

—M. X...., que se ha suicidado ayer....; tal vez no podría pagarnos, y ha tenido miedo de nosotros. Ha hecho mal, porque no hubiéramos dicho nada. Si los hombres fueran menos tímidos y cobardes, la explotación de los secretos no sería posible.

—En efecto,—añadió Prudencia.

—Nuestros negocios (continuó el marqués de Arnage) no pueden seguir por ahora, porque para continuarlos tendríamos necesidad de un hombre joven que fuese un auxiliar seguro. Ya

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MÉXICO

sabéis que para esto teníamos á Roberto du Chatel, y de la noche á la mañana se ha vuelto nuestro enemigo más temible. Este es el estado de cuentas de nuestra sociedad.

—¡Ay!—suspiró la señora de Fontenay.

—Hablemos ahora de nuestros intereses personales.... Gracias á un sacrificio considerable, nos hemos librado de un peligro cierto, inmediato, y Clara Mérot nos guardará el secreto....; pero hay otro que puede entregarnos á Armando Le Forestier, Roberto du Chatel, que nos espía, y á la menor imprudencia se convencerá de quién somos, y nos denunciará.

—Ayer (observó Montbarán) usabais un lenguaje muy distinto.

—Ayer era necesario tranquilizaros y animaros, porque no tenía más que eso que ofreceros.

—¿Y hoy?

—¡Hoy es otra cosa!.... ¿Estáis convencidos de que nuestra fortuna está comprometida y nuestras vidas amenazadas?

—Sí,—dijeron los dos, bajando la cabeza.

Entonces el marqués de Arnage se adelantó hacia ellos, y con la mirada brillante y voz temblorosa, les dijo:

—Pues bien: antes de tres meses, nuestra fortuna será mayor que nunca...., y no tendremos nada que temer de Armando Le Forestier.

XIII.

La resignación, que, en el sentido absoluto de la palabra, debería ser una sumisión completa á la suerte que el destino nos depara, no es á menudo más que una de las formas de la esperanza. Se resigna uno, pero con ciertas restricciones. La secreta esperanza de una vida mejor, en tiempo más ó menos cercano, en la tierra ó en el cielo, nos consuelan y animan. Así es cómo Clara de Beuvret y Juana du Chatel se habían resignado, sin duda, á no casarse con el hombre que adoraban, y á renunciar para siempre al matrimonio, renuncias que no debían ser muy sinceras en dos jovencitas de veinte años. Las dos nuevas amigas se habían vuelto á ver después de la visita del doctor du Chatel á Auteuil, y aunque no se visitaban, se citaban siempre un día por semana, en una alameda del Bosque de Boulogne próxima á la casa de la señorita de Beuvret.

Juana acudía á la cita en compañía de una antigua sirvienta, y con autorización de su padre, deseoso de verla distraerse, andar y respi-